

Lecturas personales: reflexiones nada académicas sobre *Los poderes omnímodos*

LUCRECIA MALDONADO

Colegio Americano de Quito

RESUMEN

En el presente ensayo la autora reflexiona sobre varios aspectos de *Los poderes omnímodos*, de Alfredo Pareja Diezcanseco. Primero, el equilibrio entre las historias personales y la historia del país; más que de la vida del presidente Velasco Ibarra, parece ocuparse por reconstruir la memoria de una época de trágica importancia en el Ecuador, en el contexto de la historia mundial. Por otro lado, el personaje Pablo Canelos representa el arquetipo de una conciencia intelectual crítica, atenta, a veces incluso apegada al sentimiento, aunque padece de cierto desarraigo afectivo. En tercer lugar, los personajes femeninos por momentos parecen, otra vez, arquetipos; se destacan varios rasgos de Juanita Rincón: sus sentimientos casi siempre confusos respecto de sus relaciones y sus búsquedas afectivas, marcada por el parricidio y la orfandad materna temprana. Balbina Carrillo, construida a partir de valores femeninos tradicionales: afectuosa, sensible y sentimental, movida a complacer y a hacer feliz al hombre más allá de sus propias necesidades, pulsiones y deseos. Finalmente, en lo temático se reflexiona sobre el desencanto de los ideales revolucionarios frustrados. La novela puede considerarse una representación de cómo los ecuatorianos de la primera mitad del siglo XX enfrentaban la historia y la vida intelectual, política y social de su tiempo. PALABRAS CLAVE: Novela ecuatoriana, personajes mujeres, historia ecuatoriana, vida intelectual, compromiso político.

SUMMARY

In this essay, the author reflects upon various aspects of Alfredo Pareja Diezcanseco's book *Los poderes omnímodos*. Firstly, it analyzes the equilibrium between personal history and that of the nation; more than the life of President Velasco Ibarra, it seems to deal with recons-

tracting the memory of an age of tragic importance in Ecuador, within the context of world history. On the other hand, the character Pablo Canelos represents the model of a critical conscience, aware, sometimes in tune with feelings, others detached from them. Thirdly, the feminine characters, in certain moments, seem also to be models; various traits of Juanita Rincón are highlighted: her feelings regarding relationships are almost always confused and her search for affection is marked by parricide and early maternal orphanhood. Balbina Carrillo has been constructed from traditional feminine values: she is affectionate, sentimental, sensitive, moved to please and satisfy a man beyond any proper notion of needs, impulses and desires. Finally, there is a reflection on disenchantment regarding frustrated revolutionary ideals. The novel can be considered a representation of how Ecuadorians, in the first half of the 20th Century, faced history and the intellectual, social and political life of their age.

KEY WORDS: Ecuadorian novel, female characters, Ecuadorian history, intellectual life, Political commitment.

NO ES FÁCIL abordar un texto escrito hace tiempo ya, ese recorrido que pretende por una parte visitar la historia, y por otra, recorrer el alma de un personaje, juntando ambos caminos aunque a veces se empeñen en bifurcarse.

Al recorrer una vez más las páginas de la novela de Alfredo Pareja Diezcanseco, *Los poderes omnímodos* (Buenos Aires, 1964), se pueden ir descubriendo algunos aspectos que apelan al entendimiento y al sentimiento de los lectores más que otros. ¿Cuáles son esos aspectos o elementos de la obra que más motivan o impresionan con miras a reflexionar acerca de ellos?

Me atrevería a mencionar los siguientes:

- En primer lugar, el equilibrio entre las historias personales y la historia del país.
- La conciencia del personaje intelectual.
- Los personajes femeninos.
- El desencanto.

UN EQUILIBRIO COMPLICADO

La novela *Los poderes omnímodos* sucede en un tiempo real fácilmente identificable por un lector versado en historia del Ecuador: mediados y últimos años de la década de los treinta del siglo XX; una década, como muchas otras, de gran inestabilidad y de necesidad de cambio dentro del contexto de la historia nacional. La vocación de historiador de Pareja Diezcanseco se hace evidente además porque cada cierto tiempo, de una u otra forma, nos fija las

‘coordenadas’ temporales acerca de lo que sucede en el mundo, sucesos que marcaron de una u otra forma la vida social, política e incluso cotidiana de aquellos años: la Guerra Civil Española, los avances de Hitler hacia los inicios de la que sería la Segunda Guerra Mundial, las tensiones internacionales entre movimientos políticos y filosóficos de diferente signo. Y en el ámbito de lo nacional, como se mencionó más arriba, los hechos de la inestable década de los años treinta, aparte del esbozo bien trazado de uno de los personajes más impactantes, típicos, representativos y quizá nefastos del siglo XX para nuestro país: el doctor José María Velasco Ibarra, llamado en el texto Alarico Zaragata.

¿Por qué el cambio de nombre, si todos los referentes históricos se mantienen intactos e incluso se los menciona con exactitud y precisión? La novela se publicó por primera vez en Buenos Aires, en 1964, y es muy posible que en aquel momento no se haya querido evidenciar el nombre del personaje, tal vez porque su presencia en la vida política nacional, más allá de los derrocamientos y los exilios, todavía era muy fuerte y notoria. Sin embargo, el nombre que se le asigna: Alarico Zaragata, no deja de mostrar una intención despectiva. ¿Alarico? ¿Vendrá de alharaca? Es un nombre que, sin ninguna clase de disimulo alude quizás a las características del personaje caricaturizado en él como alguien que, más allá de sus dotes oratorias o incluso histriónicas, en realidad habría podido ser perfectamente representado por el refrán «Mucho ruido y pocas nueces».

Pero no solamente eso, pues más allá de la alharaca, del ruido, de la presencia de un hombre innegablemente ilustrado, es la sombra del personaje la que se hace patente en la novela: su intemperancia, su habilidad política que, sin embargo, era una habilidad relativa; pues es inolvidable el anecdotario de cinco triunfos en elecciones y cuatro derrocamientos vergonzantes. Sus oscuras alianzas. Su errática, o más bien su impredecible conducta en lo que a relaciones personales se refiere. Su indefinición ideológica. Su indudable carisma, pero siempre teñido de una cierta sordidez no exenta de tintes burlescos y descalificadores:

Y le contaron que el doctor Alarico había sido en su juventud un hombre tímido, con vocación de fraile, y que, después de un viaje a los Estados Unidos, resolvió que esa profesión no convenía a los propósitos de su retórica, por lo cual ahorcó, *in ejaculatio precox*, los hábitos que no llegó a vestir. Habíase dedicado a las matemáticas, con el objeto de emular al tirano García Moreno; y, por fin, fracasado en el empeño, pues los números no

sentían por él ningún afecto, a las ciencias jurídicas, en las que destacó. El jefe de Pablo, propietario de la Botica Alemana, antizaragatista de tuerca y tornillo, le explicó cómo la timidez de Zaragata se trocó en agresividad, una vez que salió de los apuros de su primer discurso público –antes hacíalos frente al espejo–, fenómeno, aseguró, muy frecuente en ciertos tipos psicológicos.¹

Es en este marco temporal real en donde se desenvuelve la novela de Pareja Diezcanseco. Quizás el personaje histórico, cuyo rostro nunca vemos ‘de frente’, por así decirlo, en la novela, sea la más adecuada representación de esos ‘poderes omnímodos’ a los que alude el título. Poderes como tentáculos que se van enredando y desenredando para salvaguardar los intereses más protervos y espurios de un país marcado por las diferencias más abismales.

Hay momentos en que los episodios que componen la historia de la novela remiten a una especie de anecdotario, me atrevería a pensar como vivido y experimentado por el mismo autor:

Ahora está acompañado. Están allí, en la misma habitación, Rigoberto Ortiz, Adolfo Simonds, Pareja, Bolívar Flor, Eugenio de Janón, Tomás Valdivieso, Alfredo Vera, Agustín Vera Loo... Se han puesto a salvo los otros. Un cuarto vecino también se ha llenado, como éste, de presos políticos. Las camas, llevadas por parientes o amigos, se hallan en tal modo juntas que es necesario subir y bajar de ellas por los extremos de los pies.² Así fue nuevamente Gallegos el nódulo, la voz, el centro del renovado entusiasmo del grupo de Guayaquil. Por no comprometer a Briceño, no se reunían ya en la librería, sino en la bohardilla [sic] de Joaquín, las tardes de los sábados. Sin embargo, la disposición ferina de don Fede habíase apaciguado: pasádole el susto, no persiguió a más intelectuales, aunque, eso sí, no concedía aún amnistía para los que se hallaban en Galápagos o en el exilio, porque el doctor Kune, muy sabiamente, hizole comprender que, de otro modo, no habría de justificar los sucesos del 28 de noviembre.³

1. Alfredo Pareja Diezcanseco, *Los poderes omnímodos*, Quito, El Conejo, Colección Grandes novelas ecuatorianas, los últimos 30 años, 1983, p. 16. Todas las citas corresponden a esta edición.

2. *Ibid.*, p. 82.

3. *Ibid.*, p. 89.

Por otro lado, los nombres y referencias a personajes reales de la vida política, intelectual y cultural de Quito y Guayaquil también sitúan al texto y sus intenciones en momentos clave de la historia nacional.

Este es el contexto en el que se desenvuelve una parte de la vida de Pablo Canelos, un personaje que por momentos se figura un heterónimo o un alter ego del mismo Pareja, aunque utilice algunos distractores (mencionar a un tal 'Pareja', como al acaso, en ciertos momentos o como parte de ciertas reuniones y encuentros) que no alcanzan a encubrir la intención de que sea Canelos quien exprese por su boca los anhelos, frustraciones, desencantos e intenciones y vivencias del autor del libro.

Si bien, como en muchísimas novelas de corte histórico, en *Los poderes omnímodos* se pretende buscar (y encontrar) ese complicado equilibrio entre la historia real reseñada en hechos sucedidos y personajes de carne y hueso, al leer este texto, a pesar del trazo exacto y vigoroso del personaje, por momentos se figura que Pablo Canelos y su historia personal no son más que una pequeña ancla que pretende movilizar el texto hacia el campo de la ficción, cuando lo que realmente interesa, a quien escribe la novela, es reseñar una época, unos sucesos y la huella de las impresiones que dejaron en las almas del escritor y sus allegados y congéneres. La vida personal de Pablo Canelos, sobre todo sus relaciones amorosas y sus crisis afectivas entre las mujeres que lo aman, lo desaman, lo acompañan o no, no es un elemento, dentro del relato, tan fuerte como la vida del país, ni todos y cada uno de los referentes de su historia intelectual y política. Sin desmerecer el dibujo del personaje, ni su presencia como protagonista de una historia personal que se combina con una visión particular de una historia real, por momentos se siente que a través del 'pretexto' de una parte de la historia personal de Pablo Canelos se muestra y se vislumbra la historia de los poderes omnímodos que están en otra parte.

Y aunque las comparaciones siempre son odiosas, se puede pensar, por ejemplo, en dos novelas de referente histórico, como *Los miserables* o *Las cruces sobre el agua*, para citar textos un poco dispares, en donde, más allá de los sucesos históricos y los referentes reales, las historias de sus personajes (llámese Jean Valjean, Cosette, Marius, Alfredo Baldeón, Leonor o Alfonso Cortés) son vigorosos retratos no solamente de seres en un contexto histórico determinado sino, sobre todo, retratos de seres humanos complejos que llevan de la mano su naturaleza y su condición más allá de su presencia y su ideología en una determinada época.

Sin embargo, es muy posible que este hecho no se constituya en un demérito de la novela. Aparentemente la intención del autor no era la de construir la historia de la vida de un personaje, sino la de reconstruir la memoria de una época revestida de una trágica importancia para la vida del país, y su presencia en el contexto de la historia mundial de aquellos tiempos.

Entonces, se produce un desequilibrio entre la importancia o el peso específico que la historia del país y del mundo pueden mantener en relación a la importancia o el peso específico de la historia del personaje y la presencia de la ficción dentro del conjunto de acciones y episodios de la novela.

Es posible mencionar que esto no tiene mucho que ver incluso con la extensión de ciertos pasajes, sino con el tono y el tratamiento de las dos vertientes narrativas de esta novela: por un lado la vida del país, la historia del mundo, y por otro la peripecia personal de Pablo Canelos durante este período de tiempo real y fácilmente identificable.

LA CONCIENCIA DEL PERSONAJE INTELECTUAL

Pablo Canelos es el héroe de la novela *Los poderes omnímodos*, que también se prefigura en novelas anteriores como *La advertencia* (1956). Su caracterización nos habla de un joven instruido, amigo de intelectuales, con pretensiones de escritor que nunca sabemos si llegan o no a materializarse, con muchas lecturas, sobre todo de temas literarios, políticos y filosóficos. Pablo Canelos es un hombre sensible e inteligente, atractivo para las mujeres, pero propenso a los conflictos amorosos, más por su propia naturaleza dubitativa antes que por alguna tendencia a relacionarse con mujeres conflictivas. Por otro lado, los intereses de Pablo, como un buen representante de la conflictiva época que le toca vivir –a más de ser un típico personaje masculino– están situados en el ámbito exterior más que en el interior: le interesa la historia, la política, los procesos que se viven en el país y en el mundo, el desarrollo de la literatura nacional y extranjera y el conocimiento de las ciencias sociales.

Aunque Pablo Canelos no llega a intervenir directamente en los procesos políticos del país, existen algunos rasgos distintivos del personaje que nos conducen a inferir a qué van sus intereses y aficiones: Pablo Canelos termina trabajando en una librería, lo cual lo lleva a trabar amistad con gente por lo menos aficionada a la lectura, amén de escritores e intelectuales con-

notados y conocidos dentro del país, o por lo menos dentro de sus dos ciudades más grandes e importantes: Quito y Guayaquil. El trabajo de Pablo se nos sugiere poco estable, además, por su condición de vivir solo no necesita mucho de un trabajo que dé estabilidad a su vida. Por otro lado, Pablo Canelos dispone de tiempo y deseos de participar en la vida política, aunque nunca llega a postularse como candidato ni a intervenir sino colateralmente, no solo en los procesos electorales sino también en los conflictos y confrontaciones que terminan por llevarlo a la cárcel en un determinado momento de la historia. Tal vez la presencia de Pablo Canelos, dentro de esta novela, a pesar de ser el héroe, protagonista o personaje principal, no se vea tan dibujada porque es también personaje de otras novelas; entonces en *Los poderes omnímodos* vive solamente una parte de su peripecia existencial.

Sin embargo, y más allá de todo, Pablo Canelos representa, casi a manera de arquetipo, al intelectual que tiene un cierto compromiso con los procesos de su país y del mundo. Es el intelectual que no se abstrae de la realidad circundante para absorberse en cuestionamientos filosóficos acerca del ser y el sentido de la vida *per se*, sino que más allá de eso bucea también en la historia y sus avances, en los procesos de cambio y en la vida política para nutrir su experiencia vital.

Se puede decir que las búsquedas personales de Pablo Canelos no se anclan en su intimidad o en su propia reflexión filosófica, sino que se encaminan hacia unas inquisiciones más 'globales', por usar un término actual, que abarcan la incursión en las relaciones amorosas tanto como la amistad, con sencillas gentes del pueblo que viven sus particulares peripecias al vaivén de los procesos políticos y sociales y se ven más o menos afectados por ellos, y por otro lado también la peripecia personal de Pablo se nutre de la política local, su observación de los procesos históricos mundiales y sus relaciones amistosas con los políticos, escritores e intelectuales de la época:

A partir de las seis, cuando restaba solo una pequeña puerta abierta para el paso de una persona, llegaban amigos a tertuliar: José de la Cuadra, con su aire burlesco académico; Enrique Gil Gilbert, a quien, por cariño y su color moreno, llamaban «la mona Gil»; Demetrio Aguilera Malta, «Dimitrich» a ratos, y en otros, «Don Goyo», protagonista de unos versos cantados por él a un legendario montuvio, don Goyito Quimí, héroe vivo de los manglares y poco después de una magnífica novela suya del mismo nombre; el propietario Briceño, que no escribía nada, pero leía bien, el «ñaño» Humberto Mata, con su poema «Correo» bajo el brazo; Pareja

Diezcanseco; el «capitán» Julio Martínez, infatigable discutiador en pro del materialismo dialéctico; el arqueólogo Carlos Zevallos Menéndez, con su fuerte aire soñador de Lincoln; los pintores Antonio Bellolio, Alfredo Palacio y Galo Galerio; y casi todos los días, Joaquín Gallegos Lara, a la jineta sobre las espaldas de un muchacho, colgando las piernas paráliticas, y acomodándose luego, como un acróbata, tensos los músculos del cuello, hinchado el ancho tórax [...]»⁴

Pablo, por otro lado, es un típico personaje masculino desde una visión de la primera mitad del siglo XX. Sensible y en mucho apasionado, lo manifiesta más bien en gestos controlados, la misma novela da cuenta de sus sentimientos a través de la descripción, ya sea por medio de algún narrador omnisciente, como también a través de Pablo constituido en narrador protagonista de algunos de los episodios del texto.

Sin embargo, Pablo Canelos sigue el estereotipo del hombre controlado que solamente se abandona en determinados momentos y situaciones límite (cuando Balbina desaparece definitivamente, por ejemplo):

Hoy me atreví a entrar en mi casa. Contuve la respiración por no hacer ruido y no abrí las ventanas, porque, si estuviera allí, se me iría con la luz. ¡Ay, pero no estaba! No estaba en sus ropas ni en sus trebejos de cocina. Lloré a gritos, junto a las paredes, golpeándolas.⁵

A pesar de su clara sensibilidad, con frecuencia Pablo intenta matizar sus sentimientos con razonamientos e ideas, observar la realidad lacerante experimentando el dolor o la impresión que le puede causar, pero también matizándola con su razón y su observación intelectual de la vida y el mundo.

Al ser un hombre de su tiempo, Pablo tiene unas claras ideas y tendencias de tipo filosófico, intelectual y sobre todo político y social, y es a través de esos filtros cómo observa la realidad, la evalúa, la mira, la siente, y cómo por otro lado esta observación unida a sus propias conclusiones le permite tomar acciones respecto de lo que sucederá.

Pablo Canelos, al ser un personaje de clase media intelectual, que no se sitúa entre los más pobres, tampoco entre los más ricos, y que a pesar de sus amistades y sus cercanías no pertenece a la clase dirigente del país, puede

4. *Ibid.*, p. 31.

5. *Ibid.*, p. 251.

hacer gala de una visión lúcida y competente respecto de la historia y la realidad del medio, puede emitir juicios de valor contundentes también respecto de las situaciones tensas e incorrectas que se viven, respecto, por ejemplo, de la corrupción, la inestabilidad y las componendas políticas que nuestro país ha experimentado a lo largo de su historia.

Es posible que Pablo Canelos, a más de reunir las ideas, opiniones y sentimientos de su creador, también sea la representación de una clase media intelectual que en aquel entonces comenzaba a surgir en nuestro país y que se nutría por igual de lecturas y conocimientos que fortalecían su intelecto, pero que por otra parte estaban anclándose y echando raíces en una realidad que se tenía que transformar, aunque el camino fuera mucho más escabroso de lo que aparentaba.

La vida interior, las ideas y los pensamientos de Canelos ante la realidad circundante y respecto de la vida social, política e institucional de su tiempo pueden incluso recordar a algunos de los personajes de Thomas Mann, a quien Alfredo Pareja admiraba profundamente y sobre quien escribió el ensayo *El nuevo humanismo de Thomas Mann* (1956).

Pablo Canelos conduce, entonces, la novela, no solamente como el protagonista, sino como la representación arquetípica de una conciencia intelectual observadora, crítica, preocupada y en ocasiones incluso apegada al sentimiento. Pablo no solamente reflexiona ni critica, sino que además actúa en consecuencia, desplazándose, por ejemplo, a Quito en el momento en que se hace necesaria su presencia para apoyar su ideología, aunque sea desde las barras del Congreso. De igual manera, acompaña a los líderes de las tendencias progresistas y revive hechos históricos importantes desde un ambiente que podríamos llamar 'de casa adentro', y que de seguro tiene hondas raíces en las vivencias y experiencias personales de su creador.

LOS PERSONAJES FEMENINOS

Todas las mujeres de la novela *Los poderes omnímodos* están relacionadas afectivamente con Pablo Canelos. Se puede decir que de alguna manera las mujeres que se le acercan representan diferentes tipos y actitudes femeninas, quizás a nivel de arquetipos.

Pablo Canelos es un personaje cuya vida se desenvuelve en soledad y también en una suerte de desarraigo afectivo. Aunque se sugiere una cierta

tendencia o capacidad para la amistad, tiende a ser una persona más bien solitaria y sus amistades siempre se encuentran relacionadas con las coyunturas intelectuales, sociales y políticas del país.

Algo similar ocurre en sus búsquedas afectivas. Las mujeres que aparecen en su vida dan la impresión de no ‘alcanzar’ a llenar los vacíos existenciales y afectivos del personaje, o al menos a no hacerlo a largo plazo; pero no se trata tanto de una falla de ellas, cuanto de una actitud del personaje que sigue estando en constante búsqueda de referentes de todo tipo, más que nada en el aspecto afectivo, en donde sus exigencias, requerimientos, y más que nada la sugerencia de una cierta incapacidad de amar, de darse, de aceptar y recibir lo mantienen constantemente en duda respecto de sus relaciones con mujeres.

En esta novela, y por la vida de Pablo Canelos, desfilan unos cuantos personajes femeninos. Una relación, tal vez más esbozada o trabajada en algún texto anterior, desconocida para quien escribe estas líneas, es la que se menciona en el inicio de este libro: los amores con María Luz Garaicoa; más tarde tramará conocimiento con Juanita Rincón, personaje cuyo pasado esconde una grave desgracia íntima, pues asesina a su padre por defender a su madre y defenderse ella misma, hecho que, además, sucede durante la «Guerra de los Cuatro Días». La particular peripecia vital de Juanita Rincón la lleva a ejercer su trabajo de peluquera y manicurista hasta llegar a la casa de otro personaje femenino bastante curioso y llamativo que es Dolores, o Lola, como le gusta hacerse llamar por sus más íntimos. Mientras tanto, Pablo traba relación y conocimiento con Felisa Recalde, un personaje con ciertos tintes oscuros y sórdidos, que incluso puede resultar levemente ridículo en el contexto de la historia. Otro personaje femenino, que llega a tentar algún tipo de relación con Pablo es Carmen; una mujer de origen alemán que, aparentemente, tiene ideas revolucionarias y propuestas de cambio, pero que con frecuencia sucumbe ante la fuerza de sus propios prejuicios imbatibles o de su particular sectarismo. El personaje femenino con el que Pablo Canelos termina estableciendo quizá la relación más estable y duradera durante este relato, y que habla de un amor no solamente esbozado o anclado en el deseo, la atracción o una amistad con visos de romance, es Balbina Carrillo.

Cada uno de estos personajes femeninos maneja cierto conjunto de rasgos que los homologan o los diferencian entre sí.

La ruptura con María Luz Garaicoa es uno de los hechos iniciales de *Los poderes omnímodos*. Se sugiere cierta conmoción emocional en Pablo al

tener que terminar la relación; pero, por otro lado, lo hace porque ha empezado a entusiasmarse con Juanita y a sentirse más cercano a ella que a esta antigua relación. La ruptura se plantea en estos términos:

Dos o tres días después de su regreso a Guayaquil, vio a María Luz. Había vuelto aparentemente a encontrarla, como en las aventuras cercanas y, sin embargo, inexplicablemente remotas, de la dorada bohemia del doctor Pereda. ¿Era la misma María Luz, bondadosa, de cuerpo dúctil, enamorada de las contingencias inasibles? ¿Era la misma de los misterios embriagadores? ¡No! El embriagador de él, de ella y de todas las semejanzas con la dulzura había sido Santiago Pereda. Faltaba él; estaba roto el encantamiento. Faltaban las palabras que llenaban el departamento azul; ya nada podía ser como antes: ni su cuerpo, ni su voz, ni el olor de su piel. Propiamente, ella no existía más, aunque allí se encontraba, esperándolo, desprovista de su significado, sin consistencia [...] María Luz era la corporeidad despojada de los misterios nocturnos; Juanita, una criatura del aire. Tal vez la amaba aún, aunque no le era ya permitido extraer de ella todo el placer que antes le diera y que ahora se afanaba en procurarle con sumisión. Los encuentros, pues, fueron difíciles, no por las explicaciones, sino por los silencios. Hasta que ella comprendió, y empezó a exigir, convirtiéndose poco a poco en hembra rabiosa, esclava de cólera contenida, que blandía el llanto y la queja con la vulgaridad de la impotencia. Pablo sabía que de nada podía acusarla, pero sintió arder con más vigor su pasión por Juanita.⁶

El turbio y doloroso pasado de Juanita la convierte en un ser vulnerable y ansioso de afecto, pero al mismo tiempo confundida entre sus afanes afectivos y su necesidad de comprender la vida, el mundo e insertarse en ellos:

Una vez, durante la noche, el padre, el capitán retirado Manuel Rincón, borrachín de conducta escabrosa, los sorprendió [a Juanita con un novio ya mayor]. Rabioso como un perro, se lanzó sobre ella, le desgarró la camisa de organdí, la vio corriendo desnuda, como una luz entre la sombra de las galerías, persiguióla él con los sentidos extraviados, intervino la madre, doña Emilia, a la que el capitán, turbado cada vez más por la desnudez y el aguardiente, empezó a golpear; y entonces, la niña de senos temblorosos, viendo a doña Emilia que se retorció y gemía bajo los puntapiés, regresó a defenderla, armada en su enajenación con una vieja escopeta de cacería: quiso tan solo amedrentar a esa figura de perro agazapado y saltador, que era su propio padre, pero que ella contemplaba como

6. *Ibid.*, pp. 35-36.

una figura inhumana de fauces húmedas y rojas, bamboleantemente caminando hacia su desnudez, y el arma se disparó por sí misma, acaso en un movimiento involuntario de la mano, llevada la otra por el pudor al sexo. De esta manera el capitán perdió la vida.⁷

El personaje de Juanita queda así marcado por el parricidio, aparentemente involuntario, pero determinante en su formación y desarrollo posterior, aunque durante la novela rara vez se vuelva a este episodio.

Como muchas mujeres (y hombres) de la época, Juanita puede sentir también el deslumbramiento ocasionado por la labia y el verbo hábiles, histriónicos y desenfrenados de Alarico Zaragata. Llega a pensar, con la proverbial ingenuidad del ecuatoriano, y más de aquellos tiempos, que las palabras encendidas del personaje pueden encerrar en sí mismas una visión de futuro y una promesa de cambio y mejoría.

Pero a la orfandad paterna por parricidio 'accidental' se suma la orfandad materna por causas naturales en plena juventud. Quizá la vida de Juanita, por estos motivos, se convierta en una constante búsqueda de referentes paternos y maternos, como cuando se siente deslumbrada por ciertas acciones de Alarico Zaragata, como lo demuestra en una carta a Pablo:

Pero quiero contarte, antes que nada, algo formidable. El doctor Alarico Zaragata, con un colombiano, profesor y todo lo demás, que se llama Osorio, han inventado la Escuela Activa. ¡Figúrate! Ya se ha hecho un ensayo en Conocoto y otro en Calacalí, pero un cura predicó que eso era cosa del comunismo, porque niños y niñas de menos de doce años han hecho unas casitas lindas, que parecían de muñecas, de metro y medio de altura, y el cura éste dijo que se meten allí, no a jugar, sino para cosas inmorales de procreación por orden superior del doctor Alarico. Lo gracioso de todo es que el ministro de gobierno, que estaba en la luna sobre el proyecto zaragatista, se lo creyó y mandó a hacer una investigación. El doctor Alarico se puso furioso, verdaderamente furioso, y el ministro amaneció con la renuncia aceptada, una renuncia, desde luego, que nunca pensó en presentar. Pero así es de genial el doctor.⁸

Debido a su situación de orfandad, pues la madre muere poco tiempo después que el padre, por causas naturales, además, Juanita tiene que traba-

7. *Ibíd.*, p. 13.

8. *Ibíd.*, pp. 52-53.

jar en una peluquería, en donde traba conocimiento con algunos personajes interesantes, entre ellos Dolores, a quien nos referiremos más tarde.

Los sentimientos de Juanita son casi siempre confusos respecto de sus relaciones y sus búsquedas afectivas personales. Idealiza a Pablo, lo desea, pero también se fija en otros personajes, y no le importa, por ejemplo, encontrarse en una de las peores refriegas políticas de Quito para ejercer el arte de la seducción, lo que finalmente puede conducirla a situaciones muy dolorosas y de mucho remordimiento posterior:

La batalla se encendió por toda la ciudad. Juanita se apresuró por las calles altas y vecinas al Pichincha, hacia el norte ahora, hasta que vio, como una salvación, la entrada al Pasaje Miranda, donde se refugió, echada en el piso de piedra, temblando como un animalito, y en eso entraron varios soldados que gritaban contra el gobierno y un joven, el «guambra» Zambrano, hijo del ministro socialista que había renunciado días antes, y todos ellos se apostaron en un ángulo, donde emplazaron una ametralladora y comenzaron a tirar contra algo que ella no podía ver [...] serpeó el cuerpo, cuidando de no incorporarse, deslizándose hacia los peones de la ametralladora, porque creía que junto a ellos encontraría seguridad, allí, tras los pilares y la pared de mampostería, y entonces el «guambra» Zambrano le gritó «¡¡Lárgate de aquí, muchacha! ¡Lárgate, muchacha tonta!», y ella le vio el rostro juvenil, casi de niño, sonrosado como el de los ángeles de la Capilla del Sagrario, un rostro del que salía para ella una mirada tierna, un poco temblorosa tal vez, y no quiso retirarse, no obedeció, sino que con una sonrisa pálida le respondió: «No quiero irme, aquí estoy bien»; y él otra vez, con una voz que quería mandar, pero que articulaba blandamente, la conminó así: «¡Fuera de aquí, carajo!», y a ella le gustó, y a ella le gustó que le dijese eso y se puso a reír, se rió mucho más de lo debido, mucho más de lo que convenía a las circunstancias, y luego, sin saber por qué, no se preguntó por qué, acaso debido a ese rostro encantador y húmedo se levantó, y estaba muy hermosa erguida, las narices dilatadas y los cabellos flameantes, echada hacia atrás, de manera que sus senos apuntaban bajo la ceñida blusa de lana, también por un movimiento que hizo para exclamar, como si cantar con notas agudas, «¡muera el gobierno!», y ya en ese preciso instante tocaba casi con sus brazos extendidos al valiente muchacho que la esperaba con un enorme fusil en la mano, pero él se dio vuelta súbitamente, por algo que pasaba en la calle, y empezó a disparar, para tornar luego a ella por un segundo, ladeando la cabeza, ahora con una sonrisa luminosa, que duró apenas un tiempo brevísimo, una sonrisa que entró y salió de su rostro instantáneamente, reemplazada en el acto, borrada con una mueca, y por una estrella roja que le saltó en la frente haciendo que su cabeza, en el momento en que pare-

cía venir alegremente hacia ella, se inclinara y dejase escapar un quejido bronco, algo extrañamente ruidoso, como un zumbido interior, y nada más, sino que se dobló y cayó [...] Horas más tarde, Juanita llegó a su casa. Presa de pánico, abrazó a sus hermanos, Manuel Alberto y Pedro, sorprendida de encontrarlos vivos. Tenía los ojos secos, pero hinchados.⁹

Su poder seductor no la pierde solo a ella, sino a otras personas. Juanita se encuentra siempre confundida respecto de sus afectos. Quiere a Pablo, pero puede seducir a otros hombres, y además se insinúa algún tipo de relación entre Juanita y doña Lola, su clienta de la peluquería. Siguiendo los cánones morales de la época, el texto ridiculiza un poco, sataniza levemente y censura, en últimas, la actitud de doña Lola, quien a su vez es presentada como un ser inescrupuloso y oportunista.

La casa de doña Lola del Pozo, cuarentona en todo su esplendor, aunque de cogote ya ligeramente inflado, pero de formas generales todavía incitantes, era una casa suntuosa. Eso le pareció a Juanita Rincón, la primera vez que doña Lola la invitó a tomar el té, casi como premio a un complicadísimo peinado en el lateral izquierdo en forma de diadema abatida por el amor.¹⁰

La presentación de Lola, sin embargo, a pesar de una manifiesta desaprobación de sus acciones y su personalidad o su ética, puede ser un personaje visto incluso o presentado, con cierta ternura:

Doña Lola se defendía bravamente de la edad. Había sido muy bella. Había sabido casarse con un millonario. Había aprendido su poco de francés. Y con ello, a tener sus amantes pasando elegantemente por encima del escándalo, que más que escándalo era envidia de menos afortunadas. Tuvo la suerte de enviudar más o menos a tiempo. Entre sus generosidades de amoríos, se cuenta la de haber hecho la carrera del joven Ramiro Alomía, a quien recogió de un humilde empleo, porque hacía versos y tenía disposiciones masculinas innatas para los juegos amorosos. Este Alomía, en cuanto mejoró de vivir, la traicionó, al tomar como mujer legítima a una de las mejores amigas de su protectora. Cosa común y corriente, después de todo. Alomía, joven de extrema izquierda en 1925, llegó por sus propios méritos, en estos días maduros de doña Lola, a ser un influ-

9. *Ibíd.*, pp. 78-79.

10. *Ibíd.*, p. 57.

yente miembro del partido del orden, como los conservadores llamaban al suyo.¹¹

La insinuación de una atracción de doña Lola por Juanita, si bien leve, no deja de tener tintes de censura, quizá no tanto producto de una falta de apertura sino de una actitud general del espíritu de la época.

Y doña Lola se dio a explicaciones de que era una tontería no agradecer ni gozar los ofrecimientos. ¿El amor? Es la única cosa, realmente la única, muchacha, que sostiene la lucha contra la resignación, pero siempre que se lo busque constantemente y solo se lo encuentre por instantes fugaces [...] Así, sin fidelidad, sin ninguna estupidez, te digo, Juanita, que te quiero, te quiero mucho esta noche. No me respondas que estoy borracha, sino que es bueno, muy bueno, ay, beber para el amor. Tócame. Te he besado antes, ¿recuerdas? Quiero volver a hacerlo. Verás cómo la felicidad que recibiré de ti volverá a ti, en una forma tan penetrante, que nunca habrás sentido en la torpeza egoísta de los hombres. Yo he tenido felicidad solo en los días de fiesta. Ando tras ellos, ¿sabes? Hoy es domingo, Juanita, y tú y yo somos la fiesta.¹²

Y la relación entre las dos mujeres se consume en un viaje a Salinas, pero Juanita se queda con una impresión de asco y sordidez que la conduce a buscar nuevamente a Pablo, solamente como un recurso de expiación y confesión de su angustia:

Cuidadosamente, colocó las prendas regaladas por doña Lola, una por una, en la cama de su cuarto de hotel, para que ella pudiera verlas del primer vistazo. Guardó las propias en el maletín. Tenía abierta la ventana sobre la mar, que aún no recogía plenamente la luz. No le importaba mucho hacer ruido al andar, porque doña Lola, en la alcoba vecina, estaría profundamente ahíta y borracha.¹³

Quería ser castigada. Era su profunda tendencia, que afloraba ya en toda la actitud del cuerpo recogido, listo a la destrucción. Pablo le preguntaba con ansiedad qué habíale ocurrido. Ella no respondía; solo quería someterse a la sanción, ajustarse a ella, supeditarse, desaparecer en la trampa de la culpa.

—¿Qué hiciste? —volvió a inquirir Pablo.

11. *Ibid.*, p. 58.

12. *Ibid.*, p. 181.

13. *Ibid.*, p. 182.

–Nada. Yo no he hecho nada. Me hicieron.

–¿Qué te hicieron, Juanita?

–Tuve asco.

–¿De qué? ¿Es eso todo lo que puedes decirme?

–¿No te parece bastante?

Pablo se estrujaba una mano con otra. Juanita esperaba, anticipadamente sometida a la dureza que rogaba.

–¡Habla, por favor!

Juanita alzó los ojos esperanzada. Necesitaba ver la cólera en él. Necesitaba ver la cólera en él, aunque temblaba ante la posibilidad de ahora como ante la posibilidad de siempre, apenas entrevista, pero solicitada desde su pequeña vida de fantasmas, cuando soñaba, niña aún, en tener como la madre el vientre hinchado.¹⁴

Los conflictos de Juanita, sus caóticas relaciones siempre teñidas de insatisfacción, su angustia velada y su sentimiento de culpa por el parricidio la perseguirán a lo largo de toda la historia. Eventualmente tendrá reencuentros con Pablo y en esos reencuentros se evidenciarán afectos y recuerdos, pero sus propias ataduras interiores le impedirán llegar a tener relaciones satisfactorias y profundas, por lo menos en esta novela:

Se despidieron tristemente. Ella le dijo:

–Ya lo ves, no tengo remedio. No me culpes demasiado. Quise que me salvaras.

Tres días más tarde, Juanita regresó a Quito. En la estación del ferrocarril, apenas se rozaron los labios para decirse adiós.

–Por lo menos –estas fueron las últimas palabras de Juanita, en el momento de embarcar– he ganado algo. ¿No es cierto que he ganado un amigo? Por lo demás, estoy resignada. De muchos otros asuntos puede ocuparse una mujer como yo. Hacer el amor no es lo mismo que amar. ¿Entiendes lo que te digo, Pablo?¹⁵

Luego Juanita regresará a buscar a Pablo, pero ya en términos diferentes a los que su relación se había planteado en líneas y capítulos anteriores.

Felisa Recalde es otro de los personajes femeninos presentes en la novela de Alfredo Pareja Diezcanseco. Un personaje que, sin ser desagradable, no alcanza las cotas de sinceridad e intensidad, por ejemplo, de Juanita

14. *Ibíd.*, p. 183.

15. *Ibíd.*, p. 184.

Rincón o de Balbina Carrillo, de quien hablaremos a continuación.

Felisa es un personaje que, sin ser sórdido, tiene ciertos rasgos de oscuridad e incluso de comicidad por sus actitudes ante los avatares de su existencia. Mantiene extrañas relaciones con algunos parientes e incluso no queda claro si estuvo o no involucrada en el asesinato de uno de sus 'primos':

Tres días después, Felisa Recalde fue juzgada por un comisario y encarcelada, díjose que por haber sido descubierta como agente confidencial de Zaragata. Pablo fue a visitarla. Hacíalo día por medio, a las doce, provisto de un permiso de las autoridades, obtenido por Briceño, al que había tenido que confesar sus relaciones con la prisionera. Felisa le juraba entre lágrimas que era inocente, víctima de una bajeza, de la venganza de un hombre desdeñado. Decía Pablo que sí, pero no la creía.¹⁶

Como quiera que fuese, la libertad fue celebrada en íntima jarana. Naturalmente, Pablo asistió, y los dos se dijeron que todo había pasado y que era menester olvidar penas y vergüenzas. Se dijeron eso y mucho más, pero nada fue verdadero. Cuando él la vio esa noche de fiesta tan descocada, sintió otra vez que su inclinación carnal desvaneciase del todo como una chispa en el agua. Y no exactamente por causa de su conducta de hembra suelta y ansiosa durante el baile, porque eso ya lo sabía y venía soportándolo, sino más bien debido a la ligereza con que pasara de la pesadumbre a la frivolidad. Como quiera que haya sido, fue lo cierto que la comunicación corpórea dejó de existir entre ellos.

Esa misma noche, Pablo resolvió terminar con tan peligrosas relaciones: se dijo que, además, era una soplona.¹⁷

Otros personajes femeninos aparecen en el texto, por ejemplo Carmen Gottsched, hija de un alemán, una mujer 'revolucionaria', implacable en sus opiniones y su manera de ver la vida y el mundo, tal vez incluso alguien cínica y desprovista de la gracia femenina y el sentimiento para juzgar la vida con más benevolencia. También Carmen tiene alguna relación de tipo afectivo con Pablo.

Sin embargo, el personaje femenino que finalmente logra establecer una relación de pareja seria y duradera con Pablo Canelos es Balbina Carrillo. Es una muchacha mulata, virgen, de escasa educación y modales sencillos, hija o sobrina de uno de los amigos de la política de Pablo. Aunque la unión entre

16. *Ibíd.*, pp. 63-64.

17. *Ibíd.*, p. 64.

los dos personajes se hace de hecho, es innegable que, tal vez por la época en que fuera escrita la novela, Balbina representa más bien valores tradicionales respecto de un personaje femenino: afectuosa, sensible y sentimental, dispuesta a dejarlo todo por Pablo, incluso a soportar los desvaríos e inclinaciones que él vuelve a tener por Juanita, con una mal disimulada (por la novela) sumisión y con ese deseo que subyace en el alma de algunos personajes femeninos –sobre todo del romanticismo y del realismo– con ese deseo de complacer y hacer feliz al hombre más allá de sus propias necesidades, pulsiones y deseos. Casi se puede afirmar que Balbina es el polo opuesto de un tipo de mujer representado en la novela por doña Lola, quien se pasa por el forro muchos de los condicionamientos sociales y supuestamente morales del Ecuador de aquel entonces. La primera visión de Balbina que nos ofrece el texto es su descripción física:

De progenie esmeraldeña, procreada de aquellos valientes negros, que hicieron un imperio de su esclavitud sublevada en los primeros tiempos coloniales, la mezcla había hecho de esa muchacha una obra primorosa de la naturaleza. No era voluminosa como la madre, pero había de verse su derechura de cuerpo, ceñido en algodón floreado. No era zamba, como don Autónomo, pues sus cabellos, debido al milagro de la sangre múltiple, ondeaban con brillos azulinos y se derribaban en cascada suelta sobre la nuca temblorosa. No era blanca, como el pulpejo de las manos de doña Neura, pero su color acanelado era más suave, cálido y transparente que la frágil blancura. No era gorda ni flaca, sino de una ecuánime y escrupulosa proporción carnal. Y manos y brazos, y pechos y caderas, y la risa pronta, y los dientes blanquísimos y bien cortados, y el lóbulo de las orejas deliciosamente redondeado, y los ojos negrísimos de pupilas inquietas aunque mansas, y la varicilla trepada y aleteante, y el olor de agua florida y jabón extranjero de a sucre el pan... Bueno; sépase de una vez que Pablo quedó fascinado. A la cuarta copa, bailados ya con ella dos pasillos amontubiados, se olvidó de Carmen.¹⁸

Pablo y Balbina establecen rápidamente una relación amorosa:

Así fue como terminaron esa noche los amores de Pablo con Carmen Gottsched. La jarana se hizo más caliente al amanecer. Balbina parecía enamorada. Pablo acompañó a su domicilio a don Autónomo, a doña

18. *Ibid.*, pp. 96-97.

Neura y a Balbina. En la puerta de calle, la besó. Volvió a visitarla al mediodía. Una semana después, Balbina se instaló en el departamento de Pablo, llevando tres vestidos, su ropa interior, un camisón de dormir, una maleta llena de cachivaches, un amuleto negro con bordes rojos para preservar el amor de todo mal, un álbum de fotografías y un cuadro de Nuestra Señora de las Mercedes.

Balbina era virgen. Poseía ternuras que Pablo no había conocido. Le dijo que sabía guisar y hacer pruebas con los muertos. Desde entonces, don Hermenegildo no hizo las comidas con Pablo en el restaurante «Jaramijó», salvo casos de invitaciones especiales.¹⁹

A pesar de su inocencia, o tal vez por ella misma, Balbina pronto confiesa una peculiar ‘habilidad’ para comunicarse con los reinos del más allá, concretamente con los muertos. Aunque le confiesa esta particularidad a Pablo, en realidad teme mucho ejercerla porque, si bien podía considerarse un don, es una facultad que la hace sentirse triste y alejada de la vida: «-No me hagas volver a eso. Quiero ser como todas. Quiero ser tu mujer. Nada más que tu mujer».²⁰

Pablo, sin embargo, acicateado por la curiosidad y con deseos de conocer el futuro, insiste, y su insistencia deviene en una escena de terror y ocultismo que le cuesta la vida a doña Domitila (otro personaje secundario) y que termina de aterrorizar a Balbina.

Capítulo aparte merece también la extraña amistad que se entabla, hacia el final de la novela, entre Juanita Rincón y Balbina. Las dos mujeres, unidas por el afecto a Pablo, terminan por olvidar sus rivalidades y por trabajar juntas en los empeños revolucionarios que tanto motivaban a Pablo. Es en uno de estos momentos dramáticos en donde Balbina simplemente desaparece. Se insinúa que muere en la represión, pero Pablo no logra encontrar jamás su cuerpo ni ningún vestigio de ella, y son sus doloridas y a la vez esperanzadas palabras las que cierran la novela:

Me parece que he sentido a Balbina. Sí, la he alcanzado, solo por un instante, pero sé que volverá a ocurrir, gracias a mi soledad. No ignoraba yo que a los misterios se entra desnudo. Y el amor es un arte solitario. La literatura, que a ella le doy, también lo es.²¹

19. *Ibíd.*, pp. 97-98.

20. *Ibíd.*, p. 105.

21. *Ibíd.*, p. 254.

Se puede concluir que los personajes femeninos dentro de la novela de Alfredo Pareja Diezcanseco, *Los poderes omnímodos*, son personajes que tienen cierto valor arquetípico al representar, cada uno de ellos, ciertas maneras de ser, anhelos y características de diferentes tipos de mujeres. Todas, además, tienen cierta relación, aunque sea colateral, con Pablo Canelos, el protagonista.

Está la mujer un poco artera, embaucadora, manipuladora y en la que no se puede confiar al ciento por ciento, encarnada en Felisa Recalde, quien constantemente trata de sacar provecho de sus relaciones y juega en varios bandos para finalmente pescar a río revuelto.

Carmen Gottsched es tal vez una mezcla de Atenea con Artemisa cazadora, pues es una mujer de armas tomar, con grandes pretensiones intelectuales, prevalida de su superioridad ideológica incluso frente a algunos hombres y muy dura e implacable ante la mediocridad o la falta de consecuencia ajenas.

Juanita Rincón lleva encima una culpa demasiado grande, como es la del parricidio, lo cual la conduce a tener relaciones poco duraderas, casi siempre con hombres inconvenientes para ella; pero además Juanita parece en momentos carecer del discernimiento necesario para conocer lo que le hace bien y lo que le hace mal. Juanita busca afecto, pero no conoce la fórmula para conservarlo. Se enreda en relaciones inconvenientes, del tipo que sean. Su búsqueda de figuras paternas y maternas la conduce finalmente a experimentar con alguien de su mismo sexo, pero este tipo de relación no llena los vacíos de su alma, más bien los ahonda. Esto se une, dentro de la novela, a una visión sesgada (correspondiente a la época en que fue escrita y su sistema de valores, todavía cargados de un tinte machista y ligados a la moral cristiana) de la condición de bisexual o lesbiana de doña Lola, que se presenta como ‘un vicio más’ del personaje.

Aunque el personaje de Balbina está marcado por una innegable inocencia, podemos decir que esta joven representa el arquetipo de la mujer espiritual: su dulzura, su ternura, su cuadro de la virgen de las Mercedes, su capacidad de sentir el futuro y de comunicarse con los muertos la convierten en un ser excepcional, iluminado e iluminador de la vida ajena, todo esto, además, se une a su temprana y misteriosa desaparición para darle un aire de ángel, de santa o de mártir. Balbina misma no está consciente de sus potencialidades e incluso las teme. Deja en la vida de Pablo una estela de ternura e inocencia que ninguna de las otras mujeres que estuvieron presentes en ella consiguió crear. Sin embargo, la figura de Balbina se sostiene en valores más bien tradicionales, en el esquema de la mujer dulce y cariñosa, bastante sumi-

sa, aunque no por eso deje de tener ciertos momentos de rabia o desencanto. Se puede decir que Balbina viene a formar parte de la voz de la conciencia que animará en el futuro la vida y los recuerdos de Pablo Canelos.

EL DESENCANTO

El tema del desencanto es una especie de *leitmotiv* dentro de la narrativa ecuatoriana. Sobre todo si es una narrativa relacionada con ciertas expectativas y esperanzas de corte histórico o político. Desde *A la Costa* (1904), sobre todo con su segunda parte cargada de esa espesa melancolía que eclosiona en la muerte de Salvador Ramírez, hasta la *Teoría del Desencanto* (1985) de Raúl Pérez Torres, cargada del ‘chuchaqui moral’ postsetentero, o los oscuros y melancólicos personajes de *El desencuentro* (1976) de Fernando Tinajero, el tema del desencanto se matiza con las ideas de que, por muchos motivos, los anhelos de un mundo, o por lo menos de un país mejor se verán frustrados la mayoría de las veces a causa de diversos factores, pero quizá, entre los más fuertes, la corrupción de los ideales de quienes comenzaron a propugnarlos, el oportunismo de quienes pescan a río revuelto y –seamos sinceros– la falta de capacidad de los seres más íntegros para sostener procesos que en determinado momento se ven rebasados por los imponderables, más que de la economía o de la historia, del alma humana de quienes deben sostenerlos y apoyarlos.

También en *Los poderes omnímodos* se cierne la sombra del desencanto en los personajes. Los ideales revolucionarios, propios de una juventud íntegra y luchadora, se ensombrecen y se carcomen con el tiempo o con la falta de capacidad para seguir enfrentando esos poderes omnímodos, representados en este texto por la sórdida y risible caricatura de Alarico Zaragata, que no solamente prefigura un personaje histórico, sino todas las ataduras y obstáculos que impiden que la patria pueda encontrar sus cauces por caminos más sencillos y reposados, o por lo menos que –en aquellos tiempos– las luchas se materializaran en soluciones duraderas y efectivas para los múltiples problemas que aquejan a nuestros pueblos.

FINALMENTE

La lectura de *Los poderes omnímodos* nos conduce en un doble viaje por la conocida historia de nuestro país y por el alma de un personaje: Pablo Canelos, quien representa al intelectual observador, comprometido, idealista y sensible que, sin embargo, no es más que una de las múltiples piezas que deben intervenir en los procesos transformadores de un país o de una sociedad.

En esta novela, aparte de esta doble visión de la realidad, merecen resaltarse algunos aspectos, como la conciencia intelectual del personaje, el trazado preciso, arquetípico y claro de varios personajes femeninos que acompañan a Pablo en su peripecia personal, así como la sensación de desencanto que finalmente parece permear la vida y la necesidad de transformación de nuestra historia y nuestra sociedad a lo largo del siglo XX.

Estos aspectos hacen que *Los poderes omnímodos*, si bien no es la novela más conocida ni de las más representativas de su autor, Alfredo Pareja Diezcanseco, nos da una visión panorámica no solamente de la historia de nuestro país, situada en el contexto de la historia universal, sino además una clara descripción, o incluso un dibujo de cómo los ecuatorianos de la primera mitad del siglo XX enfrentaban la historia, la vida intelectual y la vida política y social de su tiempo. No es solamente el retrato de una época, también de unos seres humanos que podemos encontrar, incluso en el día de hoy, en cualquiera de nuestras ciudades, calles o plazas. Una novela recomendable para conocer y comprender mejor los múltiples rostros de los personajes de nuestra historia y de nuestra vida. ♦

Fecha de recepción: 16 septiembre 2008

Fecha de aceptación: 17 octubre 2008